

Coerción en las prácticas urbanas y fragmentación de la cohesión social: una mirada desde las ciudades brasileñas

En el proceso de producción del espacio urbano se involucran innumerables intereses correspondientes a distintos segmentos sociales. Sin embargo, el proceso mismo obedece a una lógica y a una ideología representativas del pensamiento hegemónico. En Brasil, el planeamiento y la gobernanza urbanos contemporáneos viven el riesgo de convertir a las ciudades en meras mercancías, administradas como empresas, ejecutando obras que les permitan parecer modernas y las tornen rentables, adaptadas a intereses corporativos, y destituidas de posibilidades que desplieguen cambios de los que pueda apropiarse ecuánimemente toda la sociedad.¹

Esta no es una cuestión de este siglo, y tampoco afecta únicamente a Brasil. En los años sesenta del siglo pasado, Lefévre manifestaba su preocupación acerca de la emergencia de una sociedad de consumo dirigida por un orden masificante, así como un urbanismo también marcado por tendencias homogeneizantes.² Preveía la renovación de las ciudades a partir de la construcción de centros de consumo privilegiados, que impregnarían una ideología de felicidad a través del consumo y una alegría a través de un urbanismo adaptado a esa nueva misión. Para apoyarlos, los núcleos de poder se encargarían de la represión y persuasión. Dispersas, alrededor de esos centros, se ubicarían las periferias, la “urbanización desurbanizada”, sin acceso a los bienes y servicios urbanos. Se establecen así las condiciones para una dominación perfecta: la explotación de las personas, al mismo tiempo que como productores, también como consumidores de los productos y del espacio.

Rosa Moura es geógrafa, investigadora de la red Observatório das Metrôpoles y en el Instituto Paranaense de Desenvolvimento Econômico e Social, doctoranda en el Programa de Post-Grado en Geografía en la Universidade Federal do Paraná (Brasil)

¹ Las ideas centrales de este texto han sido presentadas y debatidas en el encuentro “Ética y Estética de la Ciudad. Percepciones, Realidades y Encuentros”, celebrado en la Universidad Iberoamericana de Puebla (México), octubre de 2007.

² H. Lefévre, *Le droit a la ville*, Anthropos, París, 1968.

¿Qué hay de verdad o de equívoco en ese vaticinio? El urbanismo, la planificación y la gobernanza urbana, ¿han tratado de revocar dichas tendencias y lograr cohesión en las prácticas sociales?

La ilusión y el consenso

La intención principal que sigue subyacente en la mayoría de las prácticas urbanas en las ciudades brasileñas es la valorización del suelo, la adecuación del espacio a lo que exige el capital, como forma de insertar la *urbs* en un mercado mundial competitivo de ciudades. Grandes obras y equipamientos –una infinidad de objetos urbanos insubordinados, según Santos³ pasan a dominar la escala de prioridades, como sujetos en la organización del espacio, haciendo de los ciudadanos meros figurantes de sus intenciones y, en general, haciendo creer a estos que aquellos son imprescindibles.

Mientras algunas áreas de la ciudad se renuevan para el capital, otras siguen envejecidas, carentes tanto en lo que se refiere a los ingresos como a la disponibilidad de infraestructura y servicios. El tejido urbano, ajustado a esa lógica de producción, pasa a vivir temporalidades diversas: por un lado, los tiempos “veloces” y “racionales” propios de aquellos espacios “luminosos” que participan de la dinámica resultante de la técnica, la velocidad y la conexión a las redes. Por otro, la temporalidad de aquellos espacios “opacos”, excluidos, ignorados e inmersos en “tiempos lentos”, en los cuales la inmovilidad de las personas trasmuta partes de la ciudad en un realidad parecida a un gueto.

En la dinámica de esa ciudad corporativa se consolida la “modernidad incompleta”, la “ciudadanía atrofiada”, que expulsa a buena parte de la población hacia las periferias, áreas vulnerables a riesgos socioambientales, lugares impropios para vivir. Eso es lo que resulta de la ausencia de políticas de vivienda y acceso al suelo urbano, de la exclusión por el modo de producción y apropiación del espacio conducido por la lógica del mercado.

En esa producción de lo urbano, algunas prácticas adquieren la esencia de una trampa, como la simulación en la composición de ciudades-escenario, ciudades temáticas, ciudades-modelo –en Brasil, Curitiba es un caso ilustrativo–.⁴ Se construyen lugares en los que se ofrece una imagen armónica que escamotea el conflicto social, generando la fantasía de

³ Esta reflexión y la del párrafo siguiente se encuentran en la obra de Milton Santos, en especial en: *A natureza do espaço. Técnica e tempo. Razão e emoção*, Hucitec, São Paulo, 1999; *Técnica, espaço, tempo: globalização e meio técnico-científico informacional*. Hucitec, São Paulo, 1996.

⁴ Sobre el caso Curitiba ver, entre otros, F. Sánchez, R. Moura, “Ciudades-Modelo: estrategias convergentes para su difusión internacional”, *EURE. Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, Vol. XXXI, N° 93, agosto de 2005, pp. 21-34, en www.scielo.cl/

espacios seguros y civilizados que, en definitiva, materializan un nuevo consumo. A veces los simulacros son ciudades enteras, pero, generalmente, son partes de la ciudad, bien sean residenciales, comerciales o de ocio, proyectando al resto la imagen que ha idealizado el pensamiento hegemónico.

En la dinámica de la ciudad corporativa se consolida la “modernidad incompleta”, la “ciudadanía atrofiada”, que expulsa a buena parte de la población hacia las periferias, áreas vulnerables a riesgos socioambientales, lugares impropios para vivir

Dichos espacios son concebidos para que todo funcione equilibradamente, de manera integrada, sin imprevistos, como escenarios que enjaulan y sintetizan la realidad. El creciente poder político y social de las simulaciones sobre lo real aparece como un sustituto lógico de las condiciones materiales de vida de la gente, implicando un cambio en el imaginario urbano. Siguiendo a Soja, dichas simulaciones operan en el modo de vida, en la visión del mundo y del espacio vivido, suponen una verdadera refabulación ideológica que afecta a la vida cotidiana.⁵ Suponen, en definitiva, formas subliminales de regulación social y espacial, literal y figurativamente, que juegan con las mentes de los ciudadanos, manipulando la conciencia cívica y las imágenes populares del espacio de la ciudad y de la vida urbana para mantener el orden.

A modo de *disneyworlds*, los espacios se transfiguran en narrativas ficticias de la identidad social, escondiendo las asimetrías del poder, construyendo un mundo temático que “idealiza el espacio público urbano” para el mercado, ofreciendo “una estrategia competitiva de consenso”, como muestra Zukin.⁶

El modelo de gestión de estas ciudades-escenario provoca en la población una sensación de bienestar, de seducción, como resultado de que se cultiva, con una intención comercial, la expectativa de un ambiente sin sobresaltos; genera un “patriotismo” que convierte a aquella ciudad (o a una parte de ella) en única, insustituible, eximida de críticas. Ese mismo modelo contribuye a la creación de sujetos despolitizados en relación con lo que les exigiría la vivencia de su verdadera condición de ciudadanos, con una actitud apaciguada que muestra un amor cívico –más aparente que real– por su propia ciudad.⁷

⁵ E. W. Soja, “O desenvolvimento metropolitano pós-moderno nos EUA: virando Los Angeles pelo avesso”, en M. Santos, M. A. Souza, M. L. Silveira, (coord.), *Território: globalização e fragmentação*. Hucitec/ANPUR, São Paulo, 1994.

⁶ S. Zukin, “Aprendendo com Disney World”, *Espaço e Debates. Revista de Estudos Regionais e Urbanos*, São Paulo, Vol. 23, Nº. 43-44, enero-diciembre de 2003, p.13.

⁷ C. Vainer, “Pátria, empresa e mercadoria: notas sobre a estratégia discursiva do Planejamento Estratégico Urbano” en O. Arantes, C. Vainer, E. Maricato, *A cidade do pensamento único: desmanchando consensos*. Vozes, Petrópolis, 2000.

El modelo de planeamiento estratégico adoptado por las ciudades capitalistas admite sólo la participación social como mera formalidad. No estimula debates reales y efectivos, sino que, más bien, practica una ingeniería del consenso con el propósito de otorgar legitimidad al discurso dominante. La población, en lugar de participar, es meramente “participada” en lo relativo a las decisiones tomadas por los especialistas en procesos que no incluyen a la comunidad. Bajo un poder ideologizado, intereses particulares se presentan como intereses generales; la cultura dominante contribuye a la integración ficticia de la sociedad en su conjunto, con desmovilización de las clases dominadas para la legitimación del orden establecido.

En esa construcción, los ciudadanos no logran la condición de agentes activos en la producción del espacio, pero sí aparecen como receptores pasivos de los servicios ofertados. Se quedan orgullosos, pero acrílicos, poniendo en duda la posibilidad de cambio, de creación y liberación de la persona humana.

Frente a este urbanismo que se elabora y se impone de “arriba abajo”, y que rechaza la organización y los intereses reales de la comunidad, fragilizando la cohesión social, se necesita proceder de “abajo a arriba”. Para ello, como recomienda Capel, resulta esencial que el diálogo amplíe la participación efectiva de los ciudadanos y de los movimientos sociales, convirtiéndose en “el instrumento básico del urbanismo, de manera que garantice el debate público y, a través del mismo, el control de las decisiones que se toman.”⁸

El aislamiento y la obsesión

Movida por la misma ideología, la morfología urbana se fragmenta en espacios protegidos y fortificados, como “islas de enclaustramiento y protección anticipada” contra peligros reales e imaginados de la vida cotidiana, como ironiza Davis.⁹ Esas comunidades cerradas o “enclaves seguros” aprisionan parte de lo que era público y lo transforman en espacio privado para la vivienda o el consumo, dificultando la circulación alrededor y convirtiéndolas en zonas prohibidas para muchos segmentos sociales.

Es el caso de las viviendas ocultas en urbanizaciones cerradas que se separan con muros altos de las calles y grandes avenidas o aquellas que buscan el aislamiento en las periferias metropolitanas. Algunas veces surgen asociadas a la presencia de empresas de servicios y de alta tecnología instaladas en los alrededores de las ciudades. Pero también

⁸ H. Capel, “El futuro de las ciudades. Una propuesta de manifiesto”, *Biblio 3W, Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. IX, N° 551, 10 de diciembre de 2004, en www.ub.es/geocrit/b3w-551.htm

⁹ M. Davis, *Cidade de Quartzos. Escavando o futuro em Los Angeles*, Página Aberta, São Paulo, 1993.

son los grandes establecimientos de comercio, servicios u ocio, en gran mayoría los *shopping centres*, que se representan “pseudo” espacios públicos llenos de señales invisibles que impiden la entrada del “otro”.¹⁰

Dicho tipo de edificación enclaustrada ha sido introducido en las ciudades brasileñas desde los años setenta de forma creciente.¹¹ Como una solución inicialmente pensada para las grandes metrópolis, donde los conflictos son más evidentes, el modelo ha proliferado en pequeñas y medianas ciudades, y su adopción, manteniendo individualmente la condición de espacios homogéneos en lo que respecta al perfil socioeconómico de los moradores, alcanza distintos segmentos de renta.

Muchas de esas construcciones se asientan junto a barrios pobres y carentes de cualquier tipo de infraestructura y servicios, cuyas pésimas condiciones se oponen radicalmente a las de sus nuevas comunidades fronterizas. Instauran lo que Soja denomina “archipiélago carcelario” o “archipiélago de claustros normalizados” –que perfeccionan y diversifican la ciudad carcelaria de Foucault–, recluyendo a los individuos en comunidades vigiladas por formas de poder y autoridad pública o privada que, bajo la retórica de la protección y la seguridad, tratan de hacer frente a la amenaza de la violencia cotidiana y de los conflictos sociales.¹² Dicha concepción logra desgastar la cohesión social, fragmentando lazos, fragilizando la credibilidad del o en el otro.

Estos enclaves adoptan la forma de una fortaleza, componiendo “burbujas de gobernanza” interconectadas, controladas, apartadas de los que se suponen “peligros locales ingobernables”,¹³ en una expansión material de la arquitectura y el urbanismo de la (in)seguridad obsesiva. La protección se vale de un sistema de barreras físicas y de vigilancia: muros de hormigón o vidrio, cercas eléctricas, rejas, garitas, portales magnéticos, alarmas, lectores de infrarrojos, *bunkers* interiores, blindaje, milicias armadas.

La inseguridad y la obsesiva búsqueda de protección alimentan un segmento de la industria y de los servicios: el capital del miedo es reproducido e invertido generando lucros económicos y políticos, y sus productos se manifiestan en el ámbito de los comportamientos, de la arquitectura y del urbanismo favoreciendo, todo ello, el mercado de la seguridad, que desencadena una verdadera política del miedo cotidiano. En paralelo, la seguridad se transforma en un desvelado ejercicio de control sobre el espacio urbano, adaptado y expresado en la arquitectura del miedo.

¹⁰ M. Davis, 1993, *op. cit.*

¹¹ Un detallado análisis sobre condominios cerrados en Brasil, particularmente en São Paulo, se encuentra en T. P. Caldeira, “Enclaves fortificados: a nova exclusão urbana”, *Novos Estudos*, CEBRAP, São Paulo, N° 47, marzo de 1997, pp.155-178.

¹² E. W. Soja, *Postmetropolis. Critical studies of cities and regions*, Blackwell, Publishing, Oxford, 2002.

¹³ C. Lasch, *The Revolt of the Elites and the Betrayal of Democracy*, Norton, Nueva York, 1995.

La nueva estética pasa por componer espacios inviolables, recreando el diseño y las funciones de los edificios, privatizando accesos y transformando los espacios públicos históricamente heterogéneos en pasarelas aisladas de la espontaneidad de las calles; en los condominios, a su vez, se ensaya una estética que, tratando de miniaturizar la naturaleza en su interior, disimula y humaniza su función de fortaleza. Barman los llama espacios “émicos”, es decir, separados, de acceso restringido y selectivo, que cambian el sentido de la vida en comunidad, recreados exclusivamente para lograr seguridad, nada más que un territorio vigilado.¹⁴ Como contrapunto, las clases excluidas quedan recluidas en territorios vulnerables, estigmatizados por el crimen.

La seguridad se transforma en un desvelado ejercicio de control sobre el espacio urbano, adaptado y expresado en la arquitectura del miedo

Esas formas de control restringen los derechos de ciudadanía, dificultando además las experiencias y los valores comunes. La arquitectura defensiva, el urbanismo de protección, el planeamiento para el control y otras armaduras de seguridad se presentan como soluciones que en lugar de mitigar la segmentación la exacerba aún más, al tiempo que niegan la alteridad social, de clase o étnica. Como sostiene Pechman, la ciudad pierde su función de hospitalidad, se torna inhóspita al otro y se materializa como ciudadela, un lugar fortificado donde sólo se reconoce a los que están dentro.¹⁵

Ese conjunto de fragmentos de la ciudad, protegidos del mundo exterior – presentado como amenazador – apenas se integran con el resto del territorio. Sus múltiples fronteras obstruyen la porosidad urbana, rasgan el tejido social y fragilizan la unidad territorial. Tratando de protegerse, se convierten en una amenaza, constituyendo territorios que ejercen un derecho particularizado, un derecho territorial verdadero, imponiendo estatutos y procedimientos que subvierten los principios democráticos y la ética. Realizan, y hasta superan, la metáfora de Virilio de una ciudad formada por una elite que vive en *bunkers* y por unos miserables prestos a atacarlos.¹⁶

¹⁴ Z. Bauman, *Modernidade Líquida*, Jorge Zahar, Río de Janeiro, 2001.

¹⁵ R. M. Pechman, “O mel e o fel da cidade. Lendo folhetins e romances em busca de alguma moral urbana”, *Espaço e Debates. Revista de Estudos Regionais e Urbanos*, São Paulo, Vol. 23, Nº 43-44, enero-diciembre de 2003, pp.71-78.

¹⁶ P. Virilio, “A catástrofe urbana”, *Folha de São Paulo*, 24 de agosto de 1997.

La coerción explícita y la subliminal

Dispersas entre las calles y edificaciones de las ciudades brasileñas, las miradas vigilantes de las videocámaras se inmiscuyen en las más íntimas formas de las relaciones sociales, atrapan a los individuos, su acción cotidiana, sus cuerpos.

Desde la inteligencia geográfica, que georreferencia objetos urbanos e indicadores personales, a *chips* insertados en los cuerpos o sistemas conteniendo la secuencia genética de los individuos, se perfeccionan posibilidades de control al servicio no sólo de la seguridad, sino también del mercado de trabajo y el consumo. Hacen posible y viable una dominación completa del individuo. Consagran la paradoja del capitalismo del siglo XXI: un sistema que celebra la posibilidad de elección, la autonomía y el individualismo, y que acaba por exigir que la elección, la autonomía y el individualismo sean perpetuamente controlados y progresivamente suprimidos. Supresión admitida en nombre de la seguridad, de la protección, y que sucesivamente consolida la sumisión, como advierte Monbiot.¹⁷ La ficción orwelliana se hace realidad: un “hermano” omnipresente puede estar al acecho.

También la ciudad se entrega a esa invasión imperceptible del interior de sus espacios y al cambio de papeles. Según Virilio, más que el habitante, es el usuario en permanente movimiento el verdadero protagonista de la ciudad.¹⁸ Se exige una arquitectura defensiva adaptada a unos transeúntes desconocidos que emiten la sensación de riesgo. Las tecnologías contemporáneas responden a una lógica de vigilancia permanente mediante aparatos descentralizados y formas móviles de control. Como observa Foucault, se pasa de la disciplina excepcional a la vigilancia generalizada.¹⁹

En tiempos en que la ideología neoliberal provoca rupturas en los derechos y en la estabilidad de los segmentos empobrecidos de la población, y en que las contradicciones se tornan extremas, el desarrollo urbano y regional pasa a ser un instrumento para una ofensiva contra determinados sectores de la sociedad. En vez de inversiones públicas en políticas sociales a favor de la integración comunitaria, el Estado elige el estímulo a la emergente industria de la seguridad privada. Bajo la apelación a la ley y el orden, las fuerzas policiales son movilizadas y militarizadas para luchar contra desempleados y excluidos de la sociedad. La guerra contra la pobreza se transforma en una guerra contra el pobre urbano.

Históricamente desprovistas del derecho de ciudadanía, las clases subalternas portan los estigmas de la sospecha, de la culpa, de la incriminación permanente. El “otro”, conver-

¹⁷ G. Monbiot, “Novo Big Brother tem forma de chip”, *O Estado de São Paulo*, 3 de marzo de 2006, p. A12.

¹⁸ P. Virilio, “A cidade superexposta.” *Espaço e debates. Revista de Estudos Regionais e Urbanos*, São Paulo, Nº 33, año XI, 1991, pp.10-17.

¹⁹ M. Foucault, *Vigiar e punir: história da violência nas prisões*, Vozes, Petrópolis, 1987.

tido en enemigo, legitima el control indiscriminado, haciendo romper la posibilidad de la ciudad como el espacio de la producción de relaciones; legitima también el derecho a un “espacio defendible”, restrictivo en relación con las personas que no pertenezcan a la misma identidad, sea étnica, sea de clase.

De acuerdo con Wacquant, la inseguridad sirve de máscara al pensamiento único que adopta términos y tesis acerca del crimen, violencia, justicia y responsabilidad y los inserta en el debate público, disimulando y banalizando los riesgos resultantes de la redefinición y minimización del papel del Estado.²⁰ En verdad, los efectos de la reducción de su presencia en la arena económica y social exigen el aumento de sus funciones represivas y penales, mediante una militarización silenciosa de la sociedad civil.

En tiempos en que la ideología neoliberal provoca rupturas en los derechos y en la estabilidad de los segmentos empobrecidos de la población, el desarrollo urbano y regional pasa a ser un instrumento para una ofensiva contra determinados sectores de la sociedad

Las formas de represión en el espacio y de control sobre el movimiento de las personas se apoyan en esa “respuesta armada ubicua”, que manifiesta esa obsesión por los sistemas de seguridad física y por el control arquitectónico de las fronteras sociales (fusión del urbanismo, de la arquitectura y del aparato policial bajo el pretexto de seguridad). Davis admite que se tratan de visiones distópicas que registran que la escalada faraónica de la seguridad residencial y comercial supera las esperanzas residuales por la reforma urbana y la integración social.²¹

Coaccionada ante el imprevisto, intimidada bajo la acción de comandos armados públicos o privados, visibles o disfrazados, la sociedad contemporánea asiste a una metamorfosis de los conflictos. La sincronización de las emociones sentidas a escala mundial, posibilitada por la información/comunicación, en lugar de hacer emerger una democracia mundial, instauro el pánico. Nadie está a salvo ya que el “exterminador está entre nosotros”, como sospecha Virilio.²² Los pactos de coexistencia que hicieron de la ciudad un lugar de sociabilidad, aunque estrechamente vigilado, quedan en el vacío. El equilibrio entre el orden y el desorden cede lugar a un desorden armado; la ciudad del encuentro y de la convivencia se convierte en el lugar del enfrentamiento y de la defensa frente al otro.²³ Ante eso, la sociedad cohesionada y la ciudad como *polis* se desvanecen en una memoria nostálgica.

²⁰ L. Wacquant, *As prisões da miséria*, Jorge Zahar, Río de Janeiro, 2001.

²¹ M. Davis, 1993, *op. cit.*

²² P. Virilio, “Pánico frío’ substitui Guerra Fria”, Entrevista a Fernando Eichenberg, *Folha de São Paulo*, 4 de abril de 2004, p. A24.

²³ R. M. Pechman, 2003, *op. cit.*

Como pondera Agamben, el control generalizado y el mantenimiento del orden instaura un “estado de excepción” en el que actúan fuerzas opuestas que instituyen y que desactivan, que tornan indiscernibles la excepción y la regla.²⁴ La ciudad imaginada como un espacio disciplinado, con delimitaciones claras entre los de adentro y los de afuera, entre los que se sujetan a la ley y se encuentran fuera de ella, con contornos nítidos entre los procesos de inclusión y exclusión que operan en su seno, da paso, en la ciudad contemporánea, a una realidad difusa en la que fronteras y flujos se proyectan en todas las direcciones disolviendo dichas oposiciones. Parte de la vida en las ciudades pasa a ubicarse en zonas de indistinción, en las cuales el que controla y el que es controlado, el que amenaza y el que es amenazado, se confunden.

Es urgente comprender la lógica de estos procesos y garantizar una acción política consciente y crítica que permita refundar el verdadero sentido de lo público, para rescatar las relaciones entre el derecho y las formas de vida.

En busca de cohesión

El modelo de producción y apropiación del espacio urbano, con sus aparatos de construcción del imaginario colectivo y otras prácticas coercitivas, ¿ha transformado de manera irreversible a los ciudadanos en meros consumidores y ha cerrado algunas posibilidades hacia nuevas formas sociales de contraposición o de actuar en la toma de decisión? ¿O se perciben brechas por donde emergen voces y prácticas que confirman las perspectivas libertarias del lugar en cuanto espacio de resistencia? ¿Es posible recomponer el tejido social y reinstaurar el diálogo, el derecho, el sentido de comunidad y el respeto por el otro, poniendo fin al estado de excepción?

En la cotidianidad, los grupos, los movimientos sociales y la gente, en general, eligen sus propios espacios para poder expresarse en ellos, y los toman como punto de partida de enfrentamientos y conquistas. En Brasil, como en otras partes del mundo, hay ejemplos de comunidades excluidas que construyen procesos de cambio a partir de las actividades y usos alternativos que conceden a esos espacios; se suman a los movimientos sociales de las favelas y periferias urbanas –como aquellos de lucha por la vivienda– que han logrado mejores condiciones de vida y acceso a los derechos.²⁵

²⁴ G. Agamben, *Estado de excepción. Homo Sacer II, I*, Boitempo Editorial, São Paulo, 2004.

²⁵ Es emblemático, también en Brasil, el movimiento de los trabajadores rurales sin tierra que, además de mantener iluminada la llama del debate por la reforma agraria, han constituido comunidades en las que se perciben avances en lo que se refiere a la educación básica, a la producción, al abastecimiento y a los consumos colectivos.

Hay, además, municipalidades que implementan formas participativas de gestión, como el presupuesto participativo practicado en muchas ciudades y metrópolis brasileñas, que, al permitir que se compartan la toma de decisiones y el control social de las inversiones públicas, logran la reducción de iniquidades.

Esos segmentos y prácticas han probado que existen fuerzas vivas en la sociedad brasileña que caminan en dirección contraria al discurso hegemónico y sus prácticas excluyentes. Pueden ser asociadas a las “contra-racionalidades y racionalidades paralelas”, teorizadas por Santos,²⁶ o las “mini-racionalidades internas”, tratadas por Souza Santos,²⁷ como movimientos contrarios a una racionalidad totalitaria.

Esa lucha popular, dispersa e invisible para muchos, se mezcla en los intersticios de las ciudades, en sus “zonas opacas”, despertando lo que Santos llama los “hombres lentos”. Hombres lejos de la velocidad de las redes, de los flujos de informaciones, de la tecnología, del acceso a los diferentes lugares y objetos urbanos, de la comodidad de los productos y servicios globales. Con su labor de supervivencia y transformación cotidiana, atestiguan la idea de Santos de que “los lugares de la ciudad son los espacios del acontecer solidario” y “de la resistencia”.

Para Santos, ante eventos numerosos e inéditos en cada lugar, la reinserción activa y consciente en la vida local o global depende cada vez menos de la experiencia y cada vez más del descubrimiento, lo que favorece a los inmigrantes, a los extranjeros y a los excluidos. A los dos primeros, porque mientras conocen lo nuevo también descubren, y en ese acto, la integración y el entendimiento superan la alienación y los individuos recuperan parte de su ser que parecía perdida. A los últimos, para quien el consumo imaginado es casi siempre negado, una sensación de vacío motiva la búsqueda de alternativas que satisfagan sus necesidades y deseos; se instaura así lo que llama un “inconformismo creador”, que puede desplegar un cambio. En los dos casos, el autor considera que el encuentro de las culturas objetiva y subjetiva se convierte en un instrumento de la producción de una nueva conciencia.

Ante estas evidencias y posibilidades se puede afirmar que en la ciudad siguen latiendo posibilidades de cambio, de debate, de solidaridad, de resistencia, que ponen en jaque la rigidez de las jerarquías sociales, la manipulación cultural y la coerción social. Desde ella emergen otros procesos y movimientos sociales que logran escapar al totalitarismo de la racionalidad hegemónica. Conscientes de la “irracionalidad global” de los eventos en curso, esos movimientos ejercen su combate local, construyendo soluciones, en principio sencillas, pero ricas en legitimidad, transformadoras, capaces de romper, poco a poco, los simulacros del poder y recomponer la cohesión fragmentada.

²⁶ Santos trata de esta cuestión en *Por uma outra globalização: do pensamento único à consciência universal*, Record, Río de Janeiro, 2000, como también en las obras citadas de 1996 y 1999.

²⁷ B. De Souza Santos, *Pela mão de Alice: o social e o político na pós-modernidade*, Cortez, São Paulo, 1999.